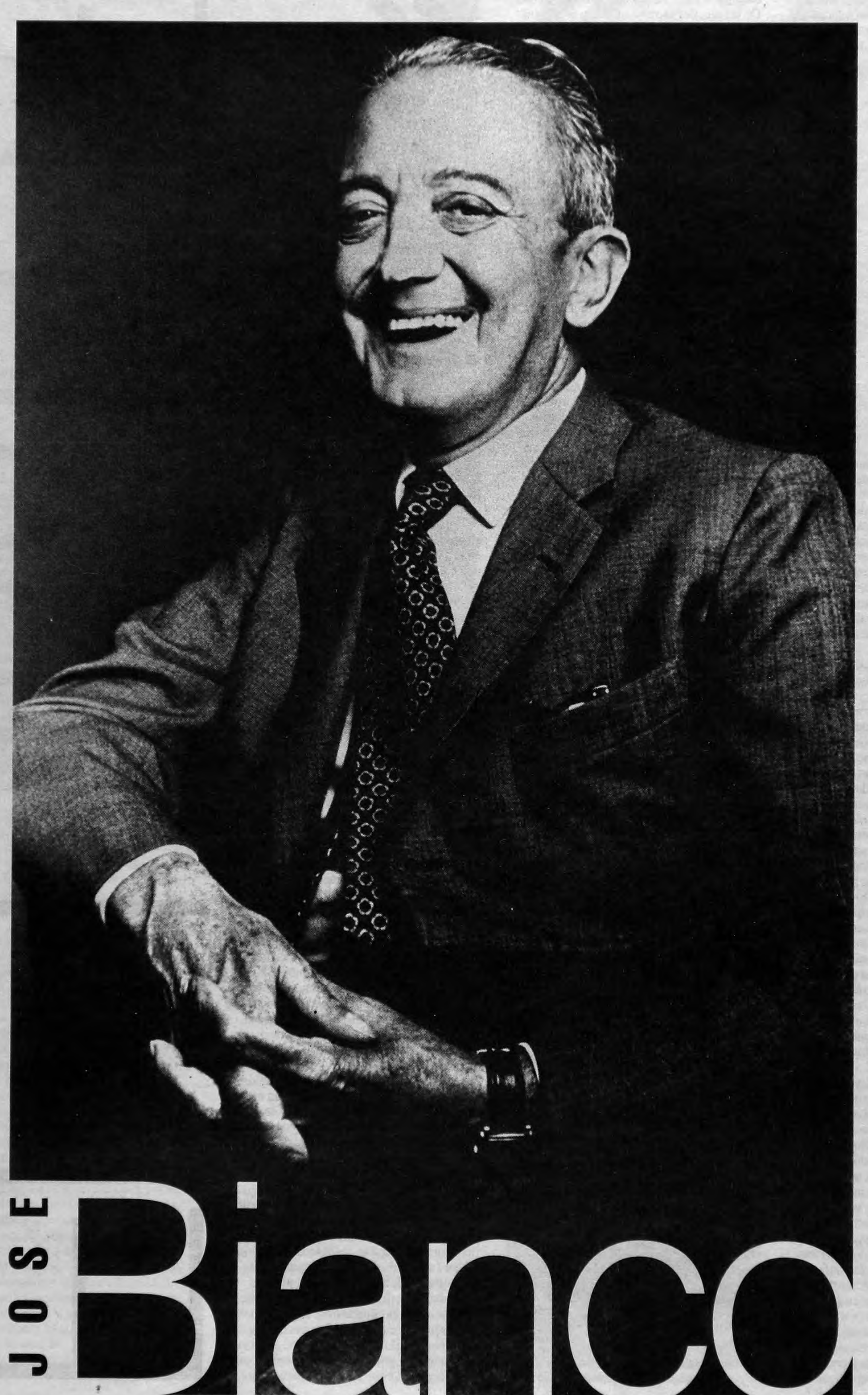


JOSE Bianco

"Exquisito y secreto", "notable", "prestigioso", son unos de los tantos adjetivos que hacen de pantalla a la total ignorancia que rodea su obra.

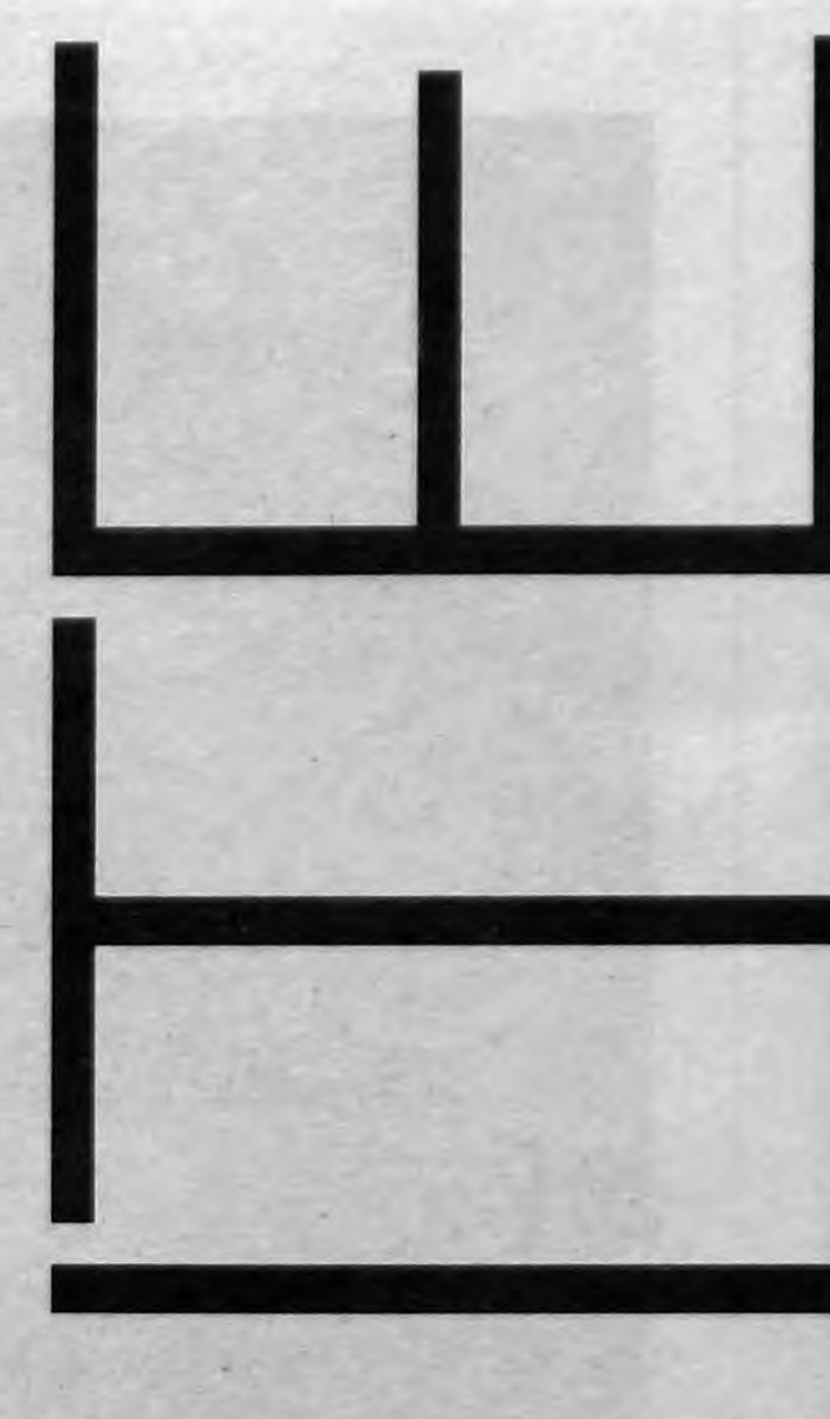
De escritura llana, sus obras anticipan en muchos años las preocupaciones formales de las que fueron conscientes los cultores del que se dio en llamar "boom latinoamericano". Para Bianco, narrar no es aspirar a la realidad exterior a la obra misma. Son los métodos utilizados para narrar los que, para él, proponen una realidad que hace que los puntos de vista de los hechos se deslicen ante el lector, obligado a recomponer esa maraña de hechos y a reinterpretarlos.

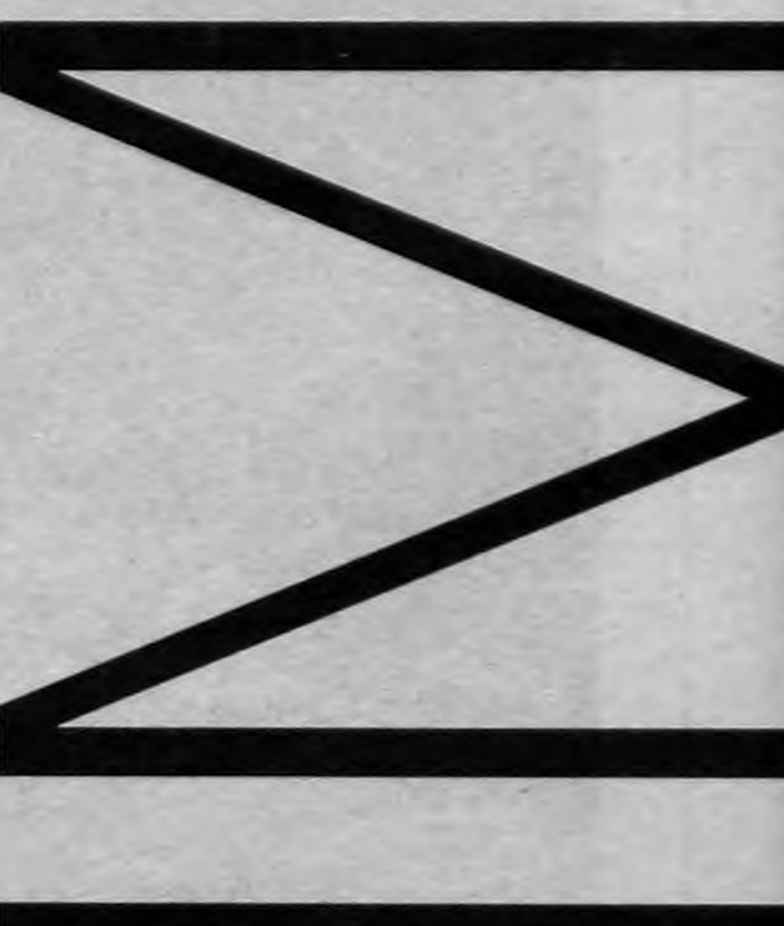
Los cuentos que componen *La pequeña Gyaros,* libro publicado en 1932 y reeditado hace pocos años (y al que pertenece "El límite"), prefiguran los textos que escribiría después: *Sombras suele vestir* (1941; el título es una cita de un verso de Góngora: "El sueño, autor de representaciones,/ en su teatro sobre el viento armado,/ sombras suele vestir de bulto bello."), *Las ratas* (1943) y *La pérdida del reino* (1972).

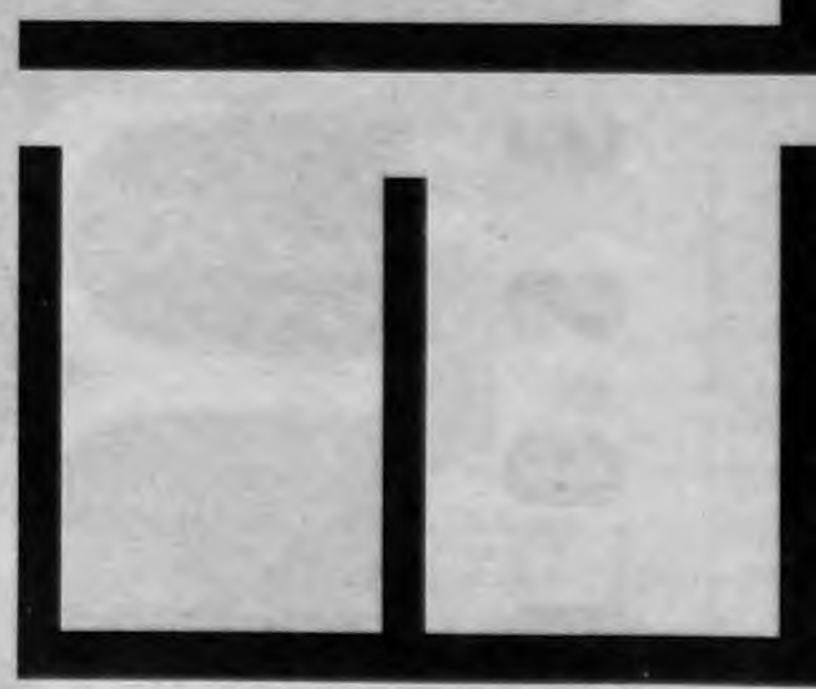
Sombras suele vestir es una novela corta. El recurso elegido por Bianco consistió en fingir el tradicional acatamiento a la tercera persona narrativa, a la cual concedemos el grado máximo de credibilidad. La obra propone un personaje principal que al final se revela como la proyección psíquica de otro personaje que hasta entonces sólo nos había parecido una *ficelle,* como diría Henry James, una "triquiñuela" para tejer la trama. Dos elementos integran la estructura de este relato: una falsa hipótesis planteada por el narrador –en quien, por convención, creemos– y unos hechos que el mismo narrador nos permite desentrañar. El final obliga al lector a reanudar la lectura: hay pocos lectores de esta novela que no la hayan leído dos veces.

En *Las ratas* todo fue trabajado en función del múltiple argumento. Borges decía que éste era uno de los pocos libros argentinos "que recuerdan que hay un lector", esto es, un hombre silencioso cuya atención hay que retener, cuyas previsiones hay que frustrar sistemática y delicadamente, cuyas reacciones hay que gobernar y presentir, "cuya amistad es necesaria y cuya complicidad, preciosa". Ante la elección: abrumar e intimidar al lector o interesarlo, Bianco no dudaba en elegir esta última. En esta novela Bianco desencamina al lector para después enfrentarlo con una revelación. Pero esta manera de forzar continuamente al lector a que coteje e interprete las informaciones no tiene nada que ver con la sorpresa final característica de la novela policial. Su propósito es que el lector adquiera conciencia de que la realidad nunca es un don gratuito sino un objeto de interpretación que admite, con igual exactitud, claves absolutamente opuestas.

En *La pérdida del reino,* obra muy emparentada con aquellas dos novelas, hay una serie de uniones carnales a las que el protagonista se entrega sin advertir nunca que sustituyen la unión que siempre ha deseado. Algo similar le sucede a la gente que le gusta leer. ■







Por José Bianco

"Life is not goberned by will or intention. Life is a question of nerves, and fibres, and slowly buil-up celles in which thought bides itself and passions has its dreams."

OSCAR WILDE

Mi familia se embarcó para Europa, dispuesta a hacer un largo viaje que había de durar tres años, y yo entré pupilo en un colegio de Buenos Aires. Cursaba por entonces los últimos años de bachillerato. Mamá, antes de irse, había reanudado amistad con una parienta suya que viejos disgustos alejaran de nosotros. Yo quedaba solo, abatido, en un estado de ánimo lo suficientemente sumiso como para tomar en cuenta las palabras de mamá. Me parecía escuchar su voz, momentos antes de partir.

–Tu tía Amanda..., ¿tiene apuntada la dirección? Pues bien, no lo olvides: debes ir a visitarla.

Y así fue como un día me presenté en Kesington House, especie de pensión aristocrática de la calle Libertad. Un día y otro día, la primera vez con bastante desconfianza, más tarde turbado y ansioso como nunca lo estuviera. Tía Amanda y Bebé comenzaban a ejercer sobre mí verdadera atracción. Aun cuando recién me conocían, me trataban en una intimidad encantadora, y yo, con esa desgracia de mi carácter que consiste en idealizar a las personas que me agradan, llegué a experimentar por ambas un entusiasmo indescriptible. Si bien fui siempre, por temperamento, espontáneo y cariñoso, ciertas frases hechas como "las veladas en familia" o "las dulzuras del hogar" escapaban a mi comprensión. Pero cuando quedó perdida mi alma en ese colegio enorme, con sus salones grisáceos y sus altas paredes, impersonales y hostiles, percibí recién el encanto de pasar algunas tardes de invierno en una habitación abrigada y elegante, conversando con dos personas que me tenían buena voluntad.

Mi cariño hacia tía Amanda y Bebé aparecía estrechamente vinculado a la *mise-en scène* que la rodeaba, y es probable que el gran salón dentro del cual se deslizaba parte de sus vidas, con su larguísimo balcón de hierro forjado ocupando todo el frente, entre dos puertas, no fuera del todo ajeno a mi entusiasmo. En los días de invierno, la mucama de la pensión llevaba en una pala varios tizones encendidos y hasta que los depositaba en la estufa, una estela de humo blanco atravesaba la estancia. Yo, por asociación de ideas, recordaba la sacristía del colegio, siempre atestada de incienso, por donde nosotros atravesábamos en la mañana para asistir a la misa de seis y media. Rememoraba sus aspectos que me eran familiares: las ventanas que daban al jardín, el lavabo con sus largas toallas y encima de la mesa una doble fila de sobrepellices y casullas verdes, ricamente bordadas en oro. De las paredes brotaba una sola orden, imperiosa y sugestiva: *silentium*. Entonces este otro humo que inmediatamente de aparecer se esfumaba adherido a las cortinas de tul o a las redondeces de un gran diván Luis XV, se me antojaba un humo profano, ligeramente pecaminoso. Mi prima Bebé acostumbraba a quemar en el fuego pastillas aromáticas. Los cortinados, el reloj que descansaba sobre la chimenea, las claras porcelanas y hasta los pequeños retratos de familia, rodeados por filigranas de oro viejo, parecían que, junto conmigo, se regodeaban sensualmente en aquel perfume, como esos ancianos que de cuando en cuando, en medio de la conversación, sacan un pañuelo del bolsillo y lo huelen devotamente. Mi tía había residido largos años en el extranjero. En el tiempo en que recién las conocí, me pregunté, más de una vez, si eran o no ricas. Bebé gastaba mucho dinero en vestirse. Tenía, además, un *landeau* dentro del cual yo hubiera deseado ardientemente salir a tomar sol con ellas. Pero mis estudios me obligaban a permanecer en el colegio hasta las seis de la tarde. Dos veces por semana, además de los domingos, conseguí, gracias a un pedido especial de papá, poder volver a las diez. Entonces me quedaba a cenar. La mucama disponía los cubiertos sobre una mesita redonda y yo comía oprimido por el brillante traje de seda negra de mi tía y el cuerpo de Bebé, suave, de una blandura de alga, que ella cubría a medias con sus vestidos de gasas transparentes y escotes bastante audaces.

Por la noche trataba en vano de dormir. Pensaba angustiado en que a la mañana siguiente me sería forzoso levantarme a las seis y este pensamiento me hacía mantenerme inmóvil, los párpados bajos, procurando no ocupar mi imaginación. En medio de mi lucidez, perdía la conciencia de mi cuerpo. Me parecía sentirlo reducirse poco a poco hasta el punto de llegar a transformarse en una cosa muy pequeña, casi inmaterial, que ocupaba apenas una superficie minúscula, y al volver en mí, me encontraba murmurando palabras entrecortadas referentes al cabello rubio oscuro de Bebé o a sus manos suaves, que me acariciaban con cualquier pretexto. A todo esto el alba comenzaba a destacar la palidez de los lechos. Aquí y allá iban surgiendo rectas finas y planos imprecisos como esfumados por la niebla.

En el internado nos cuidábamos muy bien de confiarnos los unos a los otros. A pesar de existir solidaridad entre los estudiantes, lo concerniente a la vida privada de cada uno, a sus familias o a los seres queridos con los cuales nos hallábamos ligados fuera del colegio, permanecía en un terreno secreto, amurallado de silencio, inexpugnable a los extraños. Con cierto fervor no exento de avaricia, cada cual guardaba ese tesoro que constituían los recuerdos de su madre, de sus hermanas o de su novia, por temor a las burlas o indiscreciones de los demás. Yo, que mantenía con mis compañeros relaciones superficiales, me hice muy amigo de Jaime Meredith, un muchacho inglés. Su padre llegó a adquirir una extensa propiedad en el norte argentino y Jaime se vio trasladado desde una antigua aldea inglesa, en las inmediaciones de Nantwitch, a una finca de la frontera boliviana.



El joven Bianco a los diez años de edad.

"Si bien fui siempre, por temperamento, espontáneo y cariñoso, ciertas frases hechas como "las veladas en familia" o "las dulzuras del hogar" escapaban a mi comprensión."

Carreteras apacibles y ondulosas; bohardillas con visillos de linón que asoman entre las tejas descoloridas; mucho verde, suave, difuso, tamizado por la distancia, levemente tocado de gris. Y un buen día, como quien al hacer girar una maquinaria de teatro alza un telón y baja otro, Jaime se enfrentó con un paisaje desolado y bárbaro. A los *grasslands* y a los paseos en *buggy* vio sucederse los collas cobrizos envueltos en ponchos de un rojo violento, los ríos fragosos, al pie de los cerros, que se desbordan al comenzar la estación...

Hablaba en un castellano heterogéneo y balbuciente, sembrado de giros de provincia que él subrayaba con su marcado acento inglés. Cuando entró al colegio causó sensación y fue motivo de todas las bromas, hasta que cierta vez mis puños salieron en defensa de ese muchacho desteñido de pupilas transparentes y ojeras blancuzcas, sonrosadas por las pecas. Más tarde, cuando supe que era enfermo y pude asistir a uno de sus extraños ataques que lo aquejaban, al cabo de los cuales quedaba rígido en el suelo, los ojos apagados y los labios orlados de espuma, concebí por él un afecto lleno de compasión y de buenos deseos. Nos hicimos amigos: en los recreos, durante el estudio y sobre todo por las noches, antes de dormirnos, conversábamos largamente, en voz muy baja, por temor a que nos sorprendieran.

En el ambiente frío, un poco húmedo de los dormitorios, al empezar a escuchar la confiada respiración de los demás compañeros que se dormían enseguida, yo le contaba a Jaime mis detalles referentes a tía Amanda y a Bebé. De tanto en tanto me obligaba a interrumpir la silueta del padre inspector que caminaba muy despacio, las manos unidas atrás y la cabeza echada hacia adelante. El ruido de sus pasos se alejaba lentamente y mi voz, hasta entonces casi imperceptible, comenzaba de nuevo con

Noticia biográfica de Guillermo Piro. De *La p*
za de Editorial Seix-Barral.

EL LIMITE

Por José Bianco

> *"Life is not gobemed by will or intention. Life is a question of nerves, and fibres, and slowly buil-up celles in which thought bides itself and passions has its dreams."*
>
> OSCAR WILDE

Mi familia se embarcó para Europa, dispuesta a hacer un largo viaje que había de durar tres años, y yo entré pupilo en un colegio de Buenos Aires. Cursaba por entonces los últimos años de bachillerato. Mamá, antes de irse, había reanudado amistad con una parienta suya que viejos disgustos alejaran de nosotros. Yo quedaba solo, abatido, en un estado de ánimo lo suficientemente sumiso como para tomar en cuenta las palabras de mamá. Me parecía escuchar su voz, momentos antes de partir.

–Tu tía Amanda..., ¿tiene apuntada la dirección? Pues bien, no lo olvides: debes ir a visitarla.

Y así fue como un día me presenté en Kesington House, especie de pensión aristocrática de la calle Libertad. Un día y otro día, la primera vez con bastante desconfianza, más tarde turbado y ansioso como nunca lo estuviera. Tía Amanda y Bebé comenzaban a ejercer sobre mí verdadera atracción. Aun cuando recién me conocían, me trataban en una intimidad encantadora, y yo, con esa desgracia de mi carácter que consiste en idealizar a las personas que me agradan, llegué a experimentar por ambas un entusiasmo indescriptible. Si bien fui siempre, por temperamento, espontáneo y cariñoso, ciertas frases hechas como "las veladas en familia" o "las dulzuras del hogar" escapaban a mi comprensión. Pero cuando quedó perdida mi alma en ese colegio enorme, con sus salones grisáceos y sus altas paredes, impersonales y hostiles, percibí recién el encanto de pasar algunas tardes de invierno en una habitación abrigada y elegante, conversando con dos personas que me tenían buena voluntad.

Mi cariño hacia tía Amanda y Bebé aparecía estrechamente vinculado a la *mise-en scène* que la rodeaba, y es probable que el gran salón dentro del cual se deslizaba parte de sus vidas, con su larguísimo balcón de hierro forjado ocupando todo el frente, entre dos puertas, no fuera del todo ajeno a mi entusiasmo. En los días de invierno, la mucama de la pensión llevaba en una pala varios tizones encendidos y hasta que los depositaba en la estufa, una estela de humo blanco atravesaba la estancia. Yo, por asociación de ideas, recordaba la sacristía del colegio, siempre atestada de incienso, por donde nosotros atravesábamos en la mañana para asistir a la misa de seis y media. Rememoraba sus aspectos que me eran familiares: las ventanas que daban al jardín, el lavabo con sus largas toallas y encima de la mesa una doble fila de sobrepellices y casullas verdes, ricamente bordadas en oro. De las paredes brotaba una sola orden, imperiosa y sugestiva: *silentium*. Entonces este otro humo que inmediatamente de aparecer se esfumaba adherido a las cortinas de tul o a las redondeces de un gran diván Luis XV, se me antojaba un humo profano, ligeramente pecaminoso. Mi prima Bebé acostumbraba a quemar en el fuego pastillas aromáticas. Los cortinados, el reloj que descansaba sobre la chimenea, las claras porcelanas y hasta los pequeños retratos de familia, rodeados por filigranas de oro viejo, parecían que, junto conmigo, se regodeaban sensualmente en aquel perfume, como esos ancianos que de cuando en cuando, en medio de la conversación, sacan un pañuelo del bolsillo y lo huelen devotamente. Mi tía había residido largos años en el extranjero. En el tiempo en que recién las conocí, me pregunté, más de una vez, si eran o no ricas. Bebé gastaba mucho dinero en vestirse. Tenía, además, un *landeau* dentro del cual yo hubiera deseado ardientemente salir a tomar sol con ellas. Pero mis estudios me obligaban a permanecer en el colegio hasta las seis de la tarde. Dos veces por semana, además de los domingos, conseguí, gracias a un pedido especial de papá, poder volver a las diez. Entonces me quedaba a cenar. La mucama disponía los cubiertos sobre una mesita redonda y yo comía oprimido por el brillante traje de seda negra de mi tía y el cuerpo de Bebé, suave, de una blandura de alga, que ella cubría a medias con sus vestidos de gasas transparentes y escotes bastante audaces.

Por la noche trataba en vano de dormir. Pensaba angustiado en que a la mañana siguiente me sería forzoso levantarme a las seis y este pensamiento me hacía mantenerme inmóvil, los párpados bajos, procurando no ocupar mi imaginación. En medio de mi lucidez, perdía la conciencia de mi cuerpo. Me parecía sentirlo reducirse poco a poco hasta el punto de llegar a transformarse en una cosa muy pequeña, casi inmaterial, que ocupaba apenas una superficie minúscula, y al volver en mí, me encontraba murmurando palabras entrecortadas referentes al cabello rubio oscuro de Bebé o a sus manos suaves, que me acariciaban con cualquier pretexto. A todo esto el alba comenzaba a destacar la palidez de los lechos. Aquí y allá iban surgiendo rectas finas y planos imprecisos como esfumados por la niebla.

En el internado nos cuidábamos muy bien de confiarnos los unos a los otros. A pesar de existir solidaridad entre los estudiantes, lo concerniente a la vida privada de cada uno, a sus familias o a los seres queridos con los cuales nos hallábamos ligados fuera del colegio, permanecía en un terreno secreto, amurallado de silencio, inexpugnable a los extraños. Con cierto fervor no exento de avaricia, cada cual guardaba ese tesoro que constituían los recuerdos de su madre, de sus hermanas o de su novia, por temor a las burlas o indiscreciones de los demás. Yo, que mantenía con mis compañeros relaciones superficiales, me hice muy amigo de Jaime Meredith, un muchacho inglés. Su padre llegó a adquirir una extensa propiedad en el norte argentino y Jaime se vio trasladado desde una antigua aldea inglesa, en las inmediaciones de Nantwitch, a una finca de la frontera boliviana.



El joven Bianco a los diez años de edad.

> **"Si bien fui siempre, por temperamento, espontáneo y cariñoso, ciertas frases hechas como "las veladas en familia" o "las dulzuras del hogar" escapaban a mi comprensión."**

Carreteras apacibles y ondulosas; bohardillas con visillos de linón que asoman entre las tejas descoloridas; mucho verde, suave, difuso, tamizado por la distancia, levemente tocado de gris. Y un buen día, como quien al hacer girar una maquinaria de teatro alza un telón y baja otro, Jaime se enfrentó con un paisaje desolado y bárbaro. A los *grasslands* y a los paseos en *buggy* vio sucederse los collas cobrizos envueltos en ponchos de un rojo violento, los ríos fragosos, al pie de los cerros, que se desbordan al comenzar la estación...

Hablaba en un castellano heterogéneo y balbuciente, sembrado de giros de provincia que él subrayaba con su marcado acento inglés. Cuando entró al colegio causó sensación y fue motivo de todas las bromas, hasta que cierta vez mis puños salieron en defensa de ese muchacho desteñido de pupilas transparentes y ojeras blancuzcas, sonrosadas por las pecas. Más tarde, cuando supe que era enfermo y pude asistir a uno de sus extraños ataques que lo aquejaban, al cabo de los cuales quedaba rígido en el suelo, los ojos apagados y los labios orlados de espuma, concebí por él un afecto lleno de compasión y de buenos deseos. Nos hicimos amigos: en los recreos, durante el estudio y sobre todo por las noches, antes de dormirnos, conversábamos largamente, en voz muy baja, por temor a que nos sorprendieran.

En el ambiente frío, un poco húmedo de los dormitorios, al empezar a escuchar la confiada respiración de los demás compañeros que se dormían enseguida, yo le contaba a Jaime mis detalles referentes a tía Amanda y a Bebé. De tanto en tanto me obligaba a interrumpir la silueta del padre inspector que caminaba muy despacio, las manos unidas atrás y la cabeza echada hacia adelante. El ruido de sus pasos se alejaba lentamente y mi voz, hasta entonces casi imperceptible, comenzaba de nuevo con modulaciones roncas, que yo me esforzaba en contener. La sequedad de mi tía, su indiferencia para con Bebé, las frases, las actitudes, las menudencias de que estaban llenas sus vidas, iban cobrando en medio del silencio, dichas a media voz, una intensidad extraña y una importancia pavorosa... Jaime me obligaba a repetir varias veces. Yo lo sentía agitarse en el lecho revuelto y escuchaba su voz cadenciosa que me hacía muy despacio una pregunta pueril. Yo le respondía:

–Era un largo collar de cuentas, verdes, engarzadas en oro. Ella lo hacía correr entre sus dedos, alrededor del cuello.

Nada sabían mis parientes de este ser que yo mezclaba a sus vidas. En realidad, a mí mismo se me asignaba poca importancia. Mi tía Amanda, con su frialdad habitual, no me tomaba en cuenta para nada. Bebé me trataba como a un animalito doméstico que la divertía en sus ratos desocupados. Gustaba jugar con mis cabellos, que siempre fueron rizosos y suaves al tacto, y me prodigaba esa ternura y coquetería instintiva de las mujeres bonitas. Al mirarla, yo recordaba a una flor, una de esas rosas blancas, muy abiertas, que uno se abstiene de tocar por temor a deshojarlas, pero al fin, cuando se atreve, encuentra que en sus pétalos consistentes no existe fragilidad. Algunas tardes la solía encontrar leyendo, mientras fumaba con los labios retocados. Echaba la cabeza hacia atrás y luego, enseñando los dientes, lanzaba humo muy despacio como si quisiera retenerlo al mismo tiempo. Yo le hablaba de mis proyectos, de mis estudios, de la vida de colegio, de Jaime Meredith... Bebé me escuchaba sumisa y de vez en cuando me dedicaba una sonrisa llena de benevolencia. Pero yo, con cierta perspicacia impropia de mi juventud, creía notarla un poco distraída.



Otras veces venían algunos amigos a visitarla. Mi tía Amanda se colocaba con su labor cerca de la ventana y ellos formaban una rueda, dejándome apartado de la conversación. Yo me disponía a armar un solitario sobre la mesita: me encontraba como un espectador a quien sólo le está permitido aplaudir o llorar desde su butaca. Y esas tardes hubiera llorado de buena gana, mientras barajaba los naipes franceses con un sentimiento inexplicable de humillación, mientras veía desfilar las damas de piqué y los ases de trébol, los reyes negros y los valets rojos, que me contemplaban con sus bigotes retorcidos y su aire dolorido y ridículo... Generalmente pasaba inadvertido entre esos señores atildados, de voces roncas, que olían agradablemente a tabaco rubio y a agua colonia Imperial. En una ocasión, sin embargo, uno de ellos hizo a Bebé una pregunta en francés, barbotó una frase brusca y rápida en la que yo creí verme aludido. Bebé torció ligeramente los labios, con expresión indulgente, casi desdeñosa. Y prosiguieron hablando con los demás.

Cuando yo le refería a Jaime lo sucedido esas tardes, no confesaba el papel deslucido que me tocaba representar. Un instinto secreto me impulsaba a mentir, a tergiversar los hechos, asignándome un lugar preponderante en la conversación. En mis ingeniosas versiones, Bebé y yo figurábamos sosteniendo un animado diálogo que era ruidosamente festejado por las demás personas. Yo me atribuía las réplicas más agudas, las frases de mayor efecto, y los ojos de mi amigo adquirían un brillo inusitado y sus pestañas cenicientas se agitaban ansiosas al seguir el hilo de mis palabras. Muy por lo bajo hablábamos de Bebé con cierta ternura melancólica, indefinible... Bebé, que aparecía como en algunos retratos de personajes ingleses pintados por maestros flamencos, los cabellos voluntariosos, con reflejos castaños, de los que se desprendía una extraña voluptuosidad, los labios entreabiertos, el cutis ligeramente ardiente. Su imagen llenaba todo el colegio, parecía flotar en el silencio del estudio, en el interior brumoso del templo, en las reticentes penumbras de los dormitorios.

> **"El ruido de sus pasos se alejaba lentamente y mi voz, hasta entonces casi imperceptible, comenzaba de nuevo con modulaciones roncas, que yo me esforzaba en contener."**

Poco a poco, las apariciones de aquel señor que se refiriera a mí una tarde, conversando con Bebé, fuéronse haciendo cada vez más frecuentes en Kesington House. A mis insistentes preguntas Bebé respondía con desgano, como si le costase prestar atención. Pude enterarme de que no era francés, como yo creía. Ocupaba un cargo importante en la Legación Argentina en París y estaba en tránsito en Buenos Aires. Casi día por medio, lo veía entrar al salón de mi tía, dejar sombrero y bastón sobre una silla y sentarse en el diván. Entonces mi prima sacaba del armario una caja de té y echaba varias cucharadas en la tetera de barro. Lo servía en unas bonitas tazas de porcelana blanca, dentro de las cuales el té adquiría matices rosados y tenues.

Su presencia llegó a serme intolerable. Me fastidiaba, sobre todo, verlo sentarse en el gran diván Luis XV, a la izquierda de Bebé. No había llegado aún, y yo presentía su persona en el cuidado que ponía mi prima en arreglar la habitación y el tono escandaloso con que esmaltaba sus labios. Sin embargo, no me atrevía a contárselo a Jaime. Mentía espontáneamente y los detalles se entrelazaban unos con otros, dando lugar a construcciones amargas e ilusas con las que inútilmente pretendía engañarme. ¡Engañarme! ¿Acaso era posible? Persistía en mí el recuerdo de esas malditas tardes en que me alejaba de Kesington House para ir a apostarme en un banco de la plaza, desde donde alcanzaba a divisar el resplandor amarillo que surgía de la ventana de Bebé. Adivinaba la curva audaz de la pantalla de vitela, con su vacío luminoso y bruñido, iluminando la seda adamascada del diván. Y allí sentados, muy cerca el uno del otro, Bebé y ese hombre de modales atrayentes, con las sienes canosas y el semblante fatigado y juvenil.

Tiempo después, al ir a visitarlas, me llamó la atención el desorden inusitado del departamento. Pequeños triángulos de polvo y de pelusa aparecían en las junturas del piso y los muebles, retirados de su sitio, exhibían ante mis ojos el impudor de sus cajones vacíos, forrados en papeles color de rosa. En la habitación había salido a relucir todo el equipaje de mi tía y Bebé andaba de un lado para el otro, sorteando valijas y cajas de sombreros, mientras acomodaba distintos objetos. Al pasar, como en los primeros tiempos, hundía la mano en mis cabellos y con sus uñas demasiado largas me arañaba la cabeza. En fin, todo lo supe, y quedé silencioso por un largo rato, mientras observaba los *tickets* desteñidos de los baúles, sintiendo una oscura admiración por mi persona insignificante que de pronto era abatida por una desgracia de tal magnitud. Mi tía Amanda me decía:

–Cuando estemos en París, Carlos Horacio, no dejes de escribirnos.

Jaime me esperaba, como todas las noches, para iniciar un diálogo sobrercargado de Bebé y escuchar de mis labios esos cuadros que yo valiéndome de viejas impresiones, había acabado por saber trazar de mano maestra.

Pero a mí ya todo me parecía inútil. ¿A qué continuar? La realidad me atravesaba la inteligencia, una realidad inexorable y rígida me despejaba de mi ensueño como esos vientos fríos que disuelven las nieblas matinales. A la primera pregunta contesté como si Bebé careciera de importancia. Casi de espaldas, mientras me disponía a acostarme, silabeé por lo bajo, con una voz nítida y breve:

–Bebé se marcha a Europa pasado mañana. Se casa con el diplomático.

Y caí en la cama exhausto, rendido de cansancio.

Me despertaron los gemidos de Jaime, presa de violentas convulsiones. Los muchachos, medio desnudos, se agrupaban alrededor del lecho; los jesuitas lo sujetaban con fuerza y el intenso olor de la valeriana parecía envolvernos a todos. Era una crisis, una de sus crisis periódicas, pero de la cual no salía con la facilidad de otras veces. La fiebre, en lugar de ceder, fue aumentando en los días sucesivos. Telegrafiaron a su padre, lo apartaron de nosotros, lo llevaron a la enfermería, donde nos estaba vedada la entrada. Al cabo de una semana, el hermano Nicasio nos confesó que había muerto.

He aquí el término de mi relato, de este relato que temo dejar inconcluso y al cual me esfuerzo, inútilmente, en prestar cierto sentido. ¿Es que puede una persona, sin saberlo, llegar a pesar tanto en la vida de otra? ¿Es acaso posible que a gran distancia, sin proponérselo, pueda su influencia trabajar secretamente en un desconocido? Desde su elevado balcón de la rue Royale, hasta donde sube, incansable, el tumulto de los bulevares, tú permaneces ajena a todo, suave y dócil Bebé. Nada sabes. Quizá nada tengas que saber. En última instancia, es posible que no se trate sino de coincidencias, de hechos aislados que uno se empeña morbosamente en vincular, dándoles un giro perverso y sutil... ¿A qué pensar otra cosa? Ante nuestros ojos se extiende un velo pintado de colores agradables e inofensivos con el cual nos hemos familiarizado. No intentemos descorrerlo. En torno a nosotros, junto al horizonte, la vida nos impone un límite preciso, más allá del cual todo es vaguedad y misterio. No pretendamos salir de este estrecho recinto. Respetemos el límite, si no queremos lanzarnos extraviados, por senderos que no tienen fin. ■

Noticia biográfica de Guillermo Piro. De *La pequeña Gyaros*. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Seix-Barral.



> **El ruido de sus pasos se alejaba lentamente y mi voz, hasta entonces casi imperceptible, comenzaba de nuevo con modulaciones roncas, que yo me esforzaba en contener.**

modulaciones roncas, que yo me esforzaba en contener. La sequedad de mi tía, su indiferencia para con Bebé, las frases, las actitudes, las menudencias de que estaban llenas sus vidas, iban cobrando en medio del silencio, dichas a media voz, una intensidad extraña y una importancia pavorosa... Jaime me obligaba a repetir varias veces. Yo lo sentía agitarse en el lecho revuelto y escuchaba su voz cadenciosa que me hacía muy despacio una pregunta pueril. Yo le respondía:

–Era un largo collar de cuentas, verdes, engarzadas en oro. Ella lo hacía correr entre sus dedos, alrededor del cuello.

Nada sabían mis parientes de este ser que yo mezclaba a sus vidas. En realidad, a mí mismo se me asignaba poca importancia. Mi tía Amanda, con su frialdad habitual, no me tomaba en cuenta para nada. Bebé me trataba como a un animalito doméstico que la divertía en sus ratos desocupados. Gustaba jugar con mis cabellos, que siempre fueron rizosos y suaves al tacto, y me prodigaba esa ternura y coquetería instintiva de las mujeres bonitas. Al mirarla, yo recordaba a una flor, una de esas rosas blancas, muy abiertas, que uno se abstiene de tocar por temor a deshojarlas, pero al fin, cuando se atreve, encuentra que en sus pétalos consistentes no existe fragilidad. Algunas tardes la solía encontrar leyendo, mientras fumaba con los labios retocados. Echaba la cabeza hacia atrás y luego, enseñando los dientes, lanzaba humo muy despacio como si quisiera retenerlo al mismo tiempo. Yo le hablaba de mis proyectos, de mis estudios, de la vida de colegio, de Jaime Meredith... Bebé me escuchaba sumisa y de vez en cuando me dedicaba una sonrisa llena de benevolencia. Pero yo, con cierta perspicacia impropia de mi juventud, creía notarla un poco distraída.

Otras veces venían algunos amigos a visitarla. Mi tía Amanda se colocaba con su labor cerca de la ventana y ellos formaban una rueda, dejándome apartado de la conversación. Yo me disponía a armar un solitario sobre la mesita: me encontraba como un espectador a quien sólo le está permitido aplaudir o llorar desde su butaca. Y esas tardes hubiera llorado de buena gana, mientras barajaba los naipes franceses con un sentimiento inexplicable de humillación, mientras veía desfilar las damas de piqué y los ases de trébol, los reyes negros y los valets rojos, que me contemplaban con sus bigotes retorcidos y su aire dolorido y ridículo... Generalmente pasaba inadvertido entre esos señores atildados, de voces roncas, que olían agradablemente a tabaco rubio y a agua colonia Imperial. En una ocasión, sin embargo, uno de ellos hizo a Bebé una pregunta en francés, barbotó una frase brusca y rápida en la que yo creí verme aludido. Bebé torció ligeramente los labios, con expresión indulgente, casi desdeñosa. Y prosiguieron hablando con los demás.

Cuando yo le refería a Jaime lo sucedido esas tardes, no confesaba el papel deslucido que me tocaba representar. Un instinto secreto me impulsaba a mentir, a tergiversar los hechos, asignándome un lugar preponderante en la conversación. En mis ingeniosas versiones, Bebé y yo figurábamos sosteniendo un animado diálogo que era ruidosamente festejado por las demás personas. Yo me atribuía las réplicas más agudas, las frases de mayor efecto, y los ojos de mi amigo adquirían un brillo inusitado y sus pestañas cenicientas se agitaban ansiosas al seguir el hilo de mis palabras. Muy por lo bajo hablábamos de Bebé con cierta ternura melancólica, indefinible... Bebé, que aparecía como en algunos retratos de personajes ingleses pintados por maestros flamencos, los cabellos voluntariosos, con reflejos castaños, de los que se desprendía una extraña voluptuosidad, los labios entreabiertos, el cutis ligeramente ardiente. Su imagen llenaba todo el colegio, parecía flotar en el silencio del estudio, en el interior brumoso del templo, en las reticentes penumbras de los dormitorios.

Poco a poco, las apariciones de aquel señor que se refiriera a mí una tarde, conversando con Bebé, fuéronse haciendo cada vez más frecuentes en Kesington House. A mis insistentes preguntas Bebé respondía con desgano, como si le costase prestar atención. Pude enterarme de que no era francés, como yo creía. Ocupaba un cargo importante en la Legación Argentina en París y estaba en tránsito en Buenos Aires. Casi día por medio, lo veía entrar al salón de mi tía, dejar sombrero y bastón sobre una silla y sentarse en el diván. Entonces mi prima sacaba del armario una caja de té y echaba varias cucharadas en la tetera de barro. Lo servía en unas bonitas tazas de porcelana blanca, dentro de las cuales el té adquiría matices rosados y tenues.

Su presencia llegó a serme intolerable. Me fastidiaba, sobre todo, verlo sentarse en el gran diván Luis XV, a la izquierda de Bebé. No había llegado aún, y yo presentía su persona en el cuidado que ponía mi prima en arreglar la habitación y el tono escandaloso con que esmaltaba sus labios. Sin embargo, no me atrevía a contárselo a Jaime. Mentía espontáneamente y los detalles se entrelazaban unos con otros, dando lugar a construcciones amargas e ilusas con las que inútilmente pretendía engañarme. ¡Engañarme! ¿Acaso era posible? Persistía en mí el recuerdo de esas malditas tardes en que me alejaba de Kesington House para ir a apostarme en un banco de la plaza, desde donde alcanzaba a divisar el resplandor amarillo que surgía de la ventana de Bebé. Adivinaba la curva audaz de la pantalla de vitela, con su vacío luminoso y bruñido, iluminando la seda adamascada del diván. Y allí sentados, muy cerca el uno del otro, Bebé y ese hombre de modales atrayentes, con las sienes canosas y el semblante fatigado y juvenil.

Tiempo después, al ir a visitarlas, me llamó la atención el desorden inusitado del departamento. Pequeños triángulos de polvo y de pelusa aparecían en las junturas del piso y los muebles, retirados de su sitio, exhibían ante mis ojos el impudor de sus cajones vacíos, forrados en papeles color de rosa. En la habitación había salido a relucir todo el equipaje de mi tía y Bebé andaba de un lado para el otro, sorteando valijas y cajas de sombreros, mientras acomodaba distintos objetos. Al pasar, como en los primeros tiempos, hundía la mano en mis cabellos y con sus uñas demasiado largas me arañaba la cabeza. En fin, todo lo supe, y quedé silencioso por un largo rato, mientras observaba los *tickets* desteñidos de los baúles, sintiendo una oscura admiración por mi persona insignificante que de pronto era abatida por una desgracia de tal magnitud. Mi tía Amanda me decía:

–Cuando estemos en París, Carlos Horacio, no dejes de escribirnos.

Jaime me esperaba, como todas las noches, para iniciar un diálogo sobrecargado de Bebé y escuchar de mis labios esos cuadros que yo valiéndome de viejas impresiones, había acabado por saber trazar de mano maestra.

Pero a mí ya todo me parecía inútil. ¿A qué continuar? La realidad me atravesaba la inteligencia, una realidad inexorable y rígida me despejaba de mi ensueño como esos vientos fríos que disuelven las nieblas matinales. A la primera pregunta contesté como si Bebé careciera de importancia. Casi de espaldas, mientras me disponía a acostarme, silabeé por lo bajo, con una voz nítida y breve:

–Bebé se marcha a Europa pasado mañana. Se casa con el diplomático.

Y caí en la cama exhausto, rendido de cansancio.

Me despertaron los gemidos de Jaime, presa de violentas convulsiones. Los muchachos, medio desnudos, se agrupaban alrededor del lecho; los jesuitas lo sujetaban con fuerza y el intenso olor de la valeriana parecía envolvernos a todos. Era una crisis, una de sus crisis periódicas, pero de la cual no salía con la facilidad de otras veces. La fiebre, en lugar de ceder, fue aumentando en los días sucesivos. Telegrafiaron a su padre, lo apartaron de nosotros, lo llevaron a la enfermería, donde nos estaba vedada la entrada. Al cabo de una semana, el hermano Nicasio nos confesó que había muerto.

He aquí el término de mi relato, de este relato que temo dejar inconcluso y al cual me esfuerzo, inútilmente, en prestar cierto sentido. ¿Es que puede una persona, sin saberlo, llegar a pesar tanto en la vida de otra? ¿Es acaso posible que a gran distancia, sin proponérselo, pueda su influencia trabajar secretamente en un desconocido? Desde su elevado balcón de la rue Royale, hasta donde sube, incansable, el tumulto de los bulevares, tú permaneces ajena a todo, suave y dócil Bebé. Nada sabes. Quizá nada tengas que saber. En última instancia, es posible que no se trate sino de coincidencias, de hechos aislados que uno se empeña morbosamente en vincular, dándoles un giro perverso y sutil... ¿A qué pensar otra cosa? Ante nuestros ojos se extiende un velo pintado de colores agradables e inofensivos con el cual nos hemos familiarizado. No intentemos descorrerlo. En torno a nosotros, junto al horizonte, la vida nos impone un límite preciso, más allá del cual todo es vaguedad y misterio. No pretendamos salir de este estrecho recinto. Respetemos el límite, si no queremos lanzarnos extraviados, por senderos que no tienen fin. ■

…ería Gyaros. Se reproduce aquí por gentile-

ROJO Y AZUL, VIOLETA

En el Instituto Pinturitas de nuestro pueblo se dictan diversas clases de plástica. Deduzca qué día se dicta cada matera, cuál es el profesor encargado de hacerlo y durante cuántas horas.

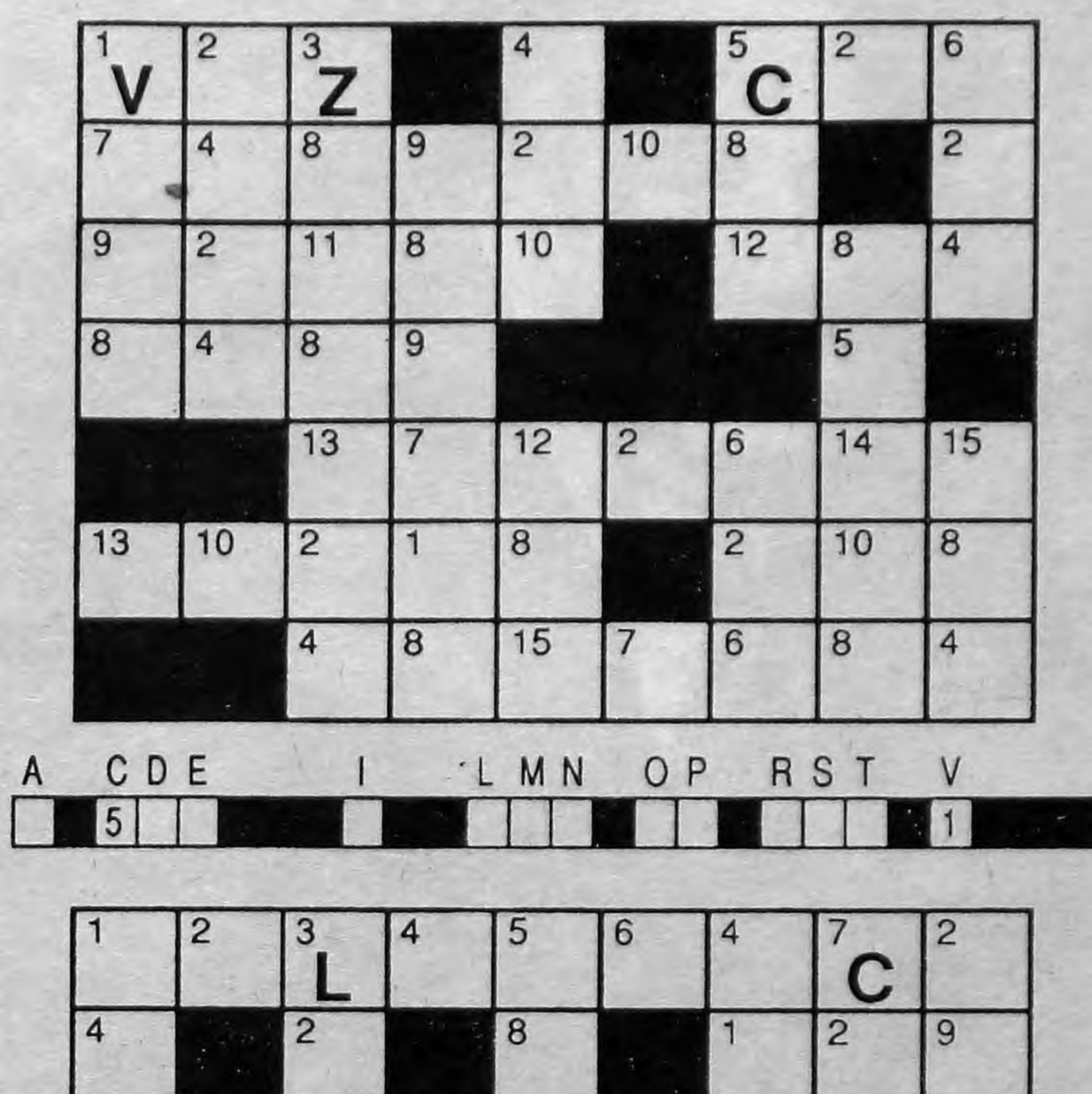
1. Los días martes se dictan clases de dibujo (que no las da el profesor Díaz).
2. Los lunes, Sánchez da clases por espacio de dos horas.
3. Las clases de pintura son de 1 hora y están a cargo de González.
4. Los viernes, el profesor Pérez da clases de escultura (que, por otra parte, duran 1 hora menos que la clase que da Fernández).
5. Los miércoles hay clase de música.

		DIA					PROFESOR					DURACION				
		Lunes	Martes	Miércoles	Viernes	Sábado	Díaz	Fernández	González	Pérez	Sánchez	1 hora	2 horas	3 horas	5 horas	6 horas
CLASE	Cerámica															
	Dibujo															
	Escultura															
	Música															
	Pintura															
DURACION	1 hora															
	2 horas															
	3 horas															
	5 horas															
	6 horas															
PROFESOR	Díaz															
	Fernández															
	González															
	Pérez															
	Sánchez															

CLASE	DIA	PROFESOR	DURACION

CRIPTOGRAMAS

En cada criptograma, a igual número corresponde igual letra. Como ayuda va un cuadro auxiliar, en cada caso, con las letras que intervienen.



1 V	2	3 Z		4		5 C	2	6
7	4	8	9	2	10	8		2
9	2	11	8	10		12	8	4
8	4	8	9				5	
		13	7	12	2	6	14	15
13	10	2	1	8		2	10	8
		4	8	15	7	6	8	4

A C D E I L M N O P R S T V Z

C = 5, V = 1, Z = 3

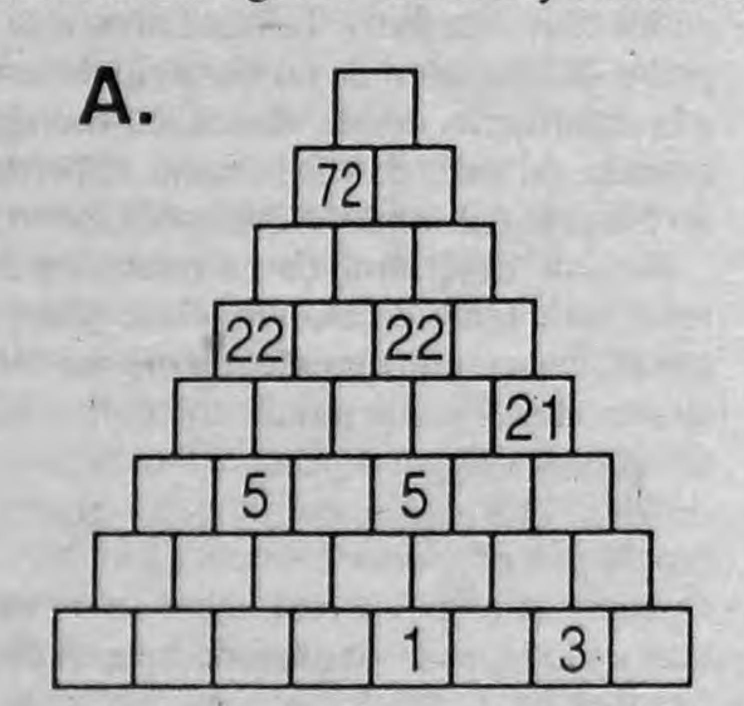
1	2	3 L	4	5	6	4	7 C	2
4		2		8		1	2	9
10 G	2	6	4	3	3	2	11	8
2	5	12	13				2	
5	8	9	14	8	15	16	14	2
	3	2	8	5		5	8	13
1	8	3		2	10	8	9	2

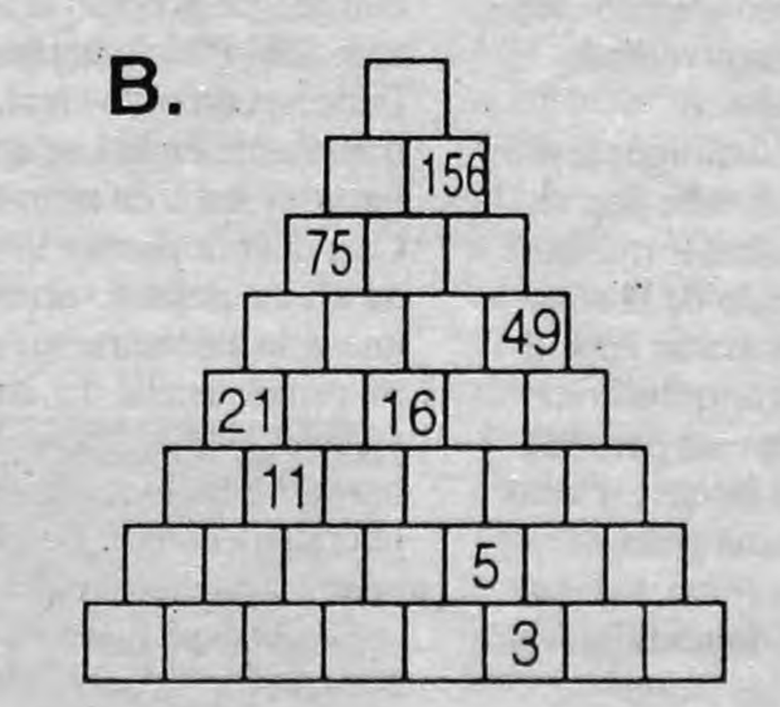
A B C D E G I L M N O R S T U Z

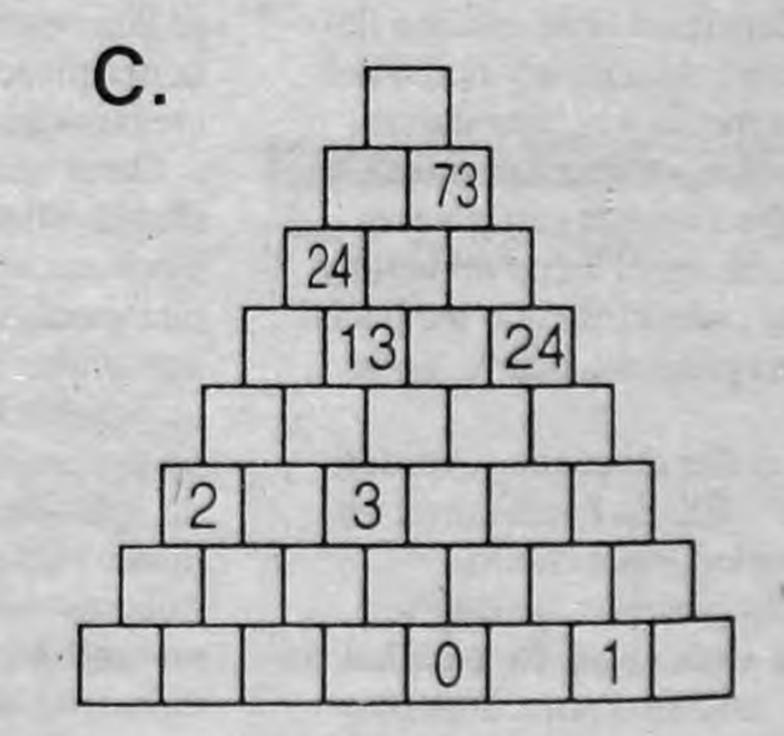
C = 7, G = 10, L = 3

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.





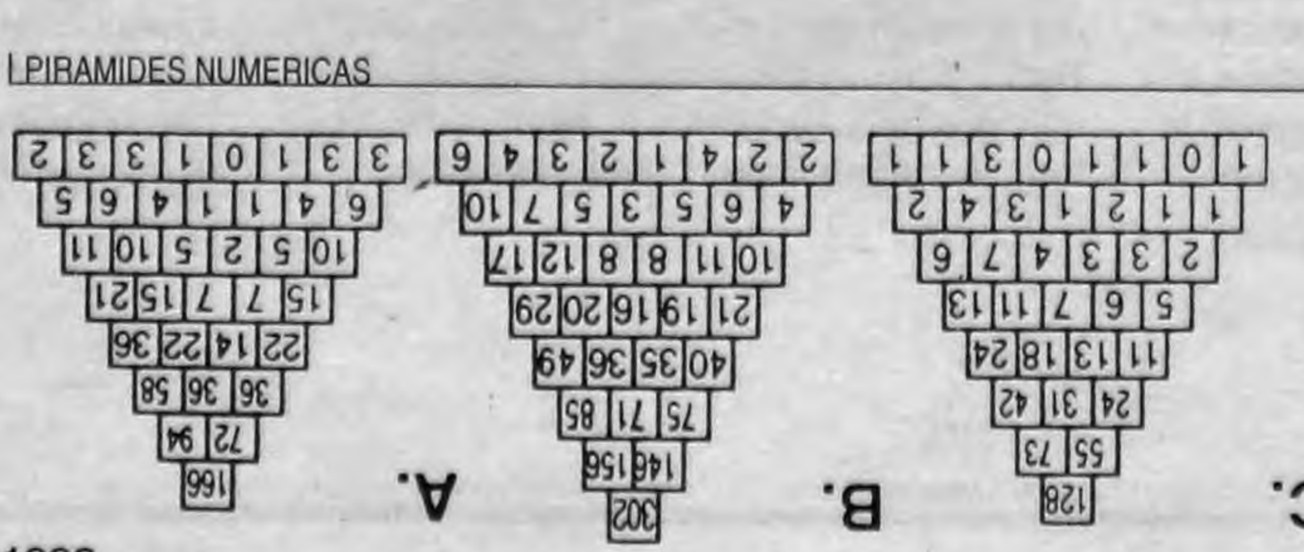


SOLUCIONES

ROJO Y AZUL, VIOLETA

Cerámica, lunes, Sánchez, 2.
Dibujo, martes, Fernández, 6.
Escultura, viernes, Pérez, 5.
Música, miércoles, Díaz, 3.
Pintura, sábado, González, 1.

PIRAMIDES NUMERICAS



CRIPTOGRAMAS

